



Referentes...

El narcisismo del artista: Diego Velázquez

Por Danilo Alberto Rúa

Su fama le alcanzó para ser reconocido simplemente por su apellido y su legado artístico comprende toda una oda a la figura del artista como el eterno narciso. Entregado en cuerpo y alma a su oficio de pintor, Diego Rodríguez de Silva y Velázquez se inscribe dentro de Barroco español, periodo del arte comprendido entre el siglo XVI y mitad del siglo XVII, cuyas características están demarcadas por el tenebrismo en el manejo de la luz, la presencia de la arquitectura en la composición, el ideal de naturalismo y la exaltación de la belleza en su máxima expresión llegando a un exceso en el detalle que permite una apreciación profunda de aquello que se quiere mostrar en la escena representada. Y es que, si por algo se reconoce este estilo artístico es por el exceso, reflejo de la época en el que la burguesía y la Iglesia requerían de este: la primera, para mostrar el creciente poderío económico con el que gozaba y, la segunda, como una estrategia de la Contrarreforma surgida por la necesidad de recuperar el poder perdido por la Reforma luterana.

Fue en este contexto en el que se da la vida este artista nacido en el 1599 en Sevilla y cuya muerte se dio en 1660 en Madrid, España, después de haber pasado la mayor parte de esta como pintor de la Corte del Rey Felipe IV, en la cual ingresa a sus 24 años y en la que pocos años más tarde sería nombrado como Pintor de Cámara siendo el cargo más importante en su época. De ahí que en sus obras lo que más se aprecie sea los retratos de la Corte, desde la familia real hasta los miembros del servicio, pasando por los temas mitológicos y religiosos. No obstante, el hecho de ser un retratista de oficio no le impidió tener una mirada reflexiva sobre la pintura y ahondar en su propio ego de artista de una manera narcisista. Porque si algo es característico de la figura del artista (de todo artista en general) es la vanidad con la que busca enaltecer su propia imagen.

Tal vez, por ese continuo mirarse a sí mismo es que se ve el uso recurrente del espejo dentro su obra, como se muestra en la *Venus ante el espejo* (1647). Este narcisismo también se ve reflejado en obras como *Las Meninas* (1656), su pintura más icónica, de la que más se ha hablado en la historia del arte, espejo de toda la exaltación que Velázquez hace de su imagen. Y que se expresa no solo por el hecho de ser uno de los primeros artistas que introduce un autorretrato directo en una pintura (y más en una pintura de la realeza), sino por mostrarse con altivez frente a la dignidad que le otorga su oficio de pintor que despierta gran interés en el otro, como puede verse en esta escena donde una gran cantidad de personas se acercan para verle pintar haciendo de su figura el centro de atención, incluso por encima de 'Las Meninas' causa de la pintura. Esa vanidad sacada

quizás de la influencia de la mitología y presente en *Mercurio y Hermes* (1659) es la que hace patente el reflejo de cómo todo artista se percibe a sí mismo y de cómo busca hacer, a través de su obra, un constantemente autorretrato de su imagen con la cual eternizar su propia existencia.



Venus ante el espejo. 1647. Óleo sobre lienzo. 122 x 177 cms. The National Gallery, Londres.



Mercurio y Argos. 1659. Óleo sobre lienzo. 128 x 250 cm. Museo del Prado, Madrid, España.



Las Meninas. 1656. Óleo sobre lienzo. 318 x 276 cm. Museo del Prado, Madrid, España.